

de todos los coros de ángeles y de todos los santos y sentada á la derecha de Jesucristo, obtiene infaliblemente lo que se le pide, por medio de sus maternales súplicas, (1). Hé aquí la fuente de todas las supersticiones que hemos encontrado en la Edad Media (2). En pos de eso, no puede menos de venir la inmoralidad. ¿Puede haber orden moral, cuando el que comete una falta se sustrae á la justicia por el favor? Tal es el papel que desempeña la Santísima Virgen, según la doctrina del padre Liguori y conforme las leyendas de la Edad Media. "Si teméis que Dios, irritado por vuestras ofensas, quiera vengarse, ¿que tenéis que hacer? Dirigiros á María, la esperanza de los pecadores, (3). Pero la esperanza de los pecadores, ¿no se expone á convertirse en cómplice? En cuanto á ellos, nada tienen que temer, aun cuando hubiesen muerto en pecado mortal: "La divina Madre puede librarlos del infierno, (4). La conclusión práctica de esta bella moral es la siguiente: Sed devotos de María, y estáis seguros de vuestra salvación, aunque estuvierais cubiertos de crímenes.

Los defensores de la Iglesia gritan contra estas imputaciones, y dicen que nunca la Iglesia ha enseñado la inmoralidad. No, pero ella es la que alimenta la superstición; y cegar el entendimiento, ¿no es favorecer todas las extravagancias? En la conducta de la Iglesia hay cálculo y hay hipocresía: mantiene el culto de la Virgen, el de los Santos, el de las imágenes y de las reliquias, y tiene buen cuidado de explicar ese culto de modo que se aparte de él toda idea de idolatría. ¿Hay abusos? Pues se lava las manos; la esposa de Cristo es pura como el corderillo que acaba de nacer. Pero hay que añadir que el alto clero se aprovecha de esas supersticiones y que organiza las fiestas por medio de las cuales aquéllas se propagan y crecen. Hay más; el dogma católico en toda su pureza está infestado de superstición. Dejemos á un lado las creencias populares y veamos lo que pasa en las altas regiones de la Iglesia.

La Edad Media pasa por ser la gran época de la superstición: tinieblas, ignorancia, dominación clerical, explotación de lo credulidad humana, todo

(1) M. MALOU, *la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María*, t. II, p. 525.

(2) Véase mi *Estudio referente á la Reforma*, parte octava.

(3) LIGUORI, *Las Glorias de María*, t. II, p. 199.

(4) LIGUORI, *Las Glorias de María*, t. II, p. 221.

esto florecía en los felices tiempos en que no había librepensadores. En medio de esa noche profunda de la inteligencia, unos frailes proponen festejar la Inmaculada Concepción de la Virgen, y hé aquí que un santo abad, ferviente adorador de la Virgen, se pronuncia diciendo que aquello es una locura. Pues esa locura ante la cual ha retrocedido la Edad Media ha sido consagrada en pleno siglo XIX por el vicario de Cristo, acompañado de todos los obispos de la cristiandad. El nuevo dogma ha sido festejado con iluminaciones espléndidas y con procesiones sin número; ya no se trata de una devoción de viejas, sino de uno de los más altos hechos de la reacción católica, y vale la pena de detenerse en él; así sabremos cómo se fabrican dogmas revelados. Si la torpeza humana se denuncia con ello en todo su bello ideal, nos consolaremos pensando que Dios ciega á los que quiere perder.

§ II.—La Inmaculada Concepción.

N.º 1.—La idolatría de la Virgen.

I

Cuando se lee la bula que decreta la Inmaculada Concepción y los escritos publicados por los defensores del nuevo dogma, se inclina uno á creer que el papa ha querido dar la razón á los ataques de los protestantes contra la idolatría católica. Porque no se trata de algún fanático de baja estofa; es el vicario infalible de Dios el que habla, y son los doctores más ilustres de la Iglesia los que comentan sus palabras. Uno de esos apologistas, monseñor Malou, "fué tenido en Roma por el evangelista del dogma de la Inmaculada Concepción"; en esos términos habla de él un periódico católico (1). Y como quien dice Evangelio dice *buena nueva*, claro es que se trata de una nueva religión. Y en efecto, el culto de María ha reemplazado al culto de Jesús. Esta acusación, la más grave que se pueda lanzar contra Roma, ha salido del seno de la Reforma: un ministro, medio ortodoxo y medio liberal, se ha hecho el órgano de

(1) *Le Journal de Bruxelles*, citado en los *Estudios sobre el nuevo dogma de la Inmaculada Concepción*, p. 185.

ella. Dejaremos que hable el mismo M. de Pressensé:

"El impulso recibido de abajo ha venido ahora de lo alto á preocupar los ánimos en el sentido de lo que llamaremos la *Mariolatría*. Viéndose están los terribles progresos que desde hace cincuenta años ha hecho la adoración de la Virgen, la cual va á llegar á ser indefectiblemente y para siempre la divinidad de las masas supersticiosas; la cruz desaparecerá completamente bajo las coronas de flores dedicadas á María; las miradas se volverán constantemente hacia ella y se separarán del divino Crucificado, y toda la religión tomará el tinte de afeminación y de empalagamiento en absoluto desacuerdo con la austeridad divina del Evangelio... ¡Ah! ¡no es una hermosa joven la que puede responder á las necesidades profundas de corazones desgarrados!... La adoración de la criatura ha sido ya ensayada, y ha fracasado miserablemente en la antigüedad clásica. Nosotros necesitamos lo que necesitaba el mundo romano, lo que reclama siempre la humanidad culpable y perdida: no una diosa brillante, sino un Dios que se sacrifica; no los símbolos graciosos de un culto afeminado, sino esa cruz sangrienta levantada sobre el monte solitario donde se verificó el sacrificio misterioso del amor que redime, (1).

Un escritor católico confiesa, con el rubor en la frente, que la Iglesia merece esas duras palabras, y que éstas contienen grandes verdades (2). Pero ¿es lícito á los ortodoxos, protestantes ó católicos, censurar el culto de María? Cuando se cree lo que deben creer los que están atenidos á su ortodoxia, se encuentran en el camino de todas las extravagancias á las cuales tienen que asentir (a). En materia de superstición, sólo el primer paso es el que cuesta, y solamente los espíritus inconsecuentes rehusan llegar hasta el fin. Oigamos á Bossuet, el corresponsal de Leibnitz y el menos supersticioso de los escritores católicos. El obispo de Meaux dice

(1) DE PRESSENSÉ, *la Inmaculada Concepción*, citado en los *Estudios sobre el nuevo dogma*, p. 180-182.

(2) El autor de los *Estudios* que acabamos de citar y que era sinceramente católico cuando escribió su *Crítica del nuevo dogma*.

(a) Al discreto y despreocupado lector le chocará que un librepensador haga coro con los fanáticos y les dé la razón en contra de los que interpretan racionalmente la doctrina del Crucificado. Es que los extremos se tocan, y el modo de combatir victoriosamente cualquiera creencia y doctrina es exurgirla hasta el absurdo.—(N. del T.)

que *la grandeza de la Virgen es incomparable é incomprendible*: "Si nosotros recibimos tantas gracias y tanta dicha con habernos Dios enviado á su Hijo, ¿qué podremos pensar de María, á quien fué dado ese Hijo como una prerrogativa tan eminente? Si nosotros nos consideramos tan favorecidos porque se nos dió como Salvador, ¿cuánta no será la gloria de esa Virgen á quien la fué dado como Hijo el que es Hijo de Dios mismo?, (1).

Si se cree que Jesucristo es Dios, si se cree que es nuestro Salvador, se debe decir, con Bossuet, que la mujer que le llevó en su seno es un ser misterioso é incomprensible. Y hé aquí el primer paso en la superstición que ha llegado hasta la Inmaculada Concepción. Reprobar la *piadosa creencia*, como la llaman los beatos, es reprobar el cristianismo tradicional, el protestantismo ortodoxo, lo mismo que el catolicismo. Es necesario creerlo todo, hasta las necedades que se desprenden de la *Mariolatría*, ó hay que rechazar el principio que engendra esas necias creencias (a). Nosotros nos resignamos á trascribir una chochez más digna de cerebros enfermos que de pensadores serios, sólo porque la causa de ella es el cristianismo. El elemento supersticioso que en él se encuentra no ejerció nunca una influencia más funesta. Hemos dicho que vicia la inteligencia y ciega los entendimientos más perspicaces; no se dirá ya que calumniamos á la religión cuando se oiga chochear á Bossuet y desatinar á las más fuertes cabezas del catolicismo.

La Virgen ha dado nacimiento al Salvador. "Después de esto, dice Bossuet, no puede dudarse que haya venido á ser la afortunada Eva de la nueva alianza, teniendo la misma parte en nuestra salvación que tuvo aquélla en nuestra perdición; no puede dudarse que sea la segunda después de Jesucristo, y que siendo Eva la madre de todos los mortales, María haya venido á ser la Madre de todos los vivientes, Dios mismo, añade Bossuet, nos persuade de una verdad tan palmaria, y se asombra de que los reformadores no puedan tole-

(1) BOSSUET, *Sermón predicado en la fiesta de la Anunciación* (véanse sus obras en francés, t. VI, p. 723, ed. de Grenoble).

(a) Este dogmatismo de Laurent es hermano carnal de la propensión que advertimos anteriormente. Pero lo notable es que pocas páginas más adelante lo destruye él mismo al demostrarnos que los evangelistas y San Pablo y Tertuliano y San Crisóstomo estuvieron bien distantes de hacer la apoteosis de la Madre del Salvador. Y no pretenderá decir que San Mateo, San Lucas, San Marcos, San Pablo y los Padres de la Iglesia no creían en Jesucristo.—(N. del T.)

rar la devoción á María y no quieran creer que después de Jesucristo es la que principalmente ha cooperado á nuestra salvación (1). Cuando se quiere ser ortodoxo, hay que tener fe robusta; hay que creer, no solamente que María ha cooperado á la obra de nuestra salvación, sino en otras muchas locuras. El dogma de la Inmaculada ha extraviado la razón de los devotos; pero se va á ver que las mayores extravagancias tienen su justificación dentro de las creencias que Bossuet no vacila defender contra los protestantes.

Verdad es que la magnificencia de lenguaje encubre en Bossuet la pequeñez del fondo, así como en monseñor Malou la forma está en armonía con las ideas, de lo cual resulta un galimatías tan incomparable como la excelsitud de la Virgen. Por de pronto, hé aquí á la Santísima Trinidad ofreciendo á María una triple diadema, si me es lícito hablar así, dice el obispo de Brujas, "á fin de demostrarla su afeción enteramente divina.", ¿Qué es eso de la triple diadema? "Las tres personas de la Santísima Trinidad han otorgado cada una á María un privilegio especial, á fin de estrechar los lazos de parentesco.", ¿Qué quiere decir eso? ¿María es parienta de la Santísima Trinidad! Y en ¿qué grado? "Dios Padre la creó en estado de una santidad perfecta.", Por consiguiente, Hija de Dios, parienta en primer grado y en línea directa. "Dios Hijo la eligió por su Madre y la honró con el sublime título de Madre de Dios.", Otro parentesco en primer grado ascendente. *Hija de Dios y Madre de Dios*: hé aquí una grandeza que Bossuet no hace mal en llamar *incomprensible*. Pero no es eso todo. "El Espíritu Santo, como santificador, la escoge por su Esposa.", De este modo, *Hija de Dios, Madre de Dios y Esposa de Dios*: tal es la triple diadema; luego María es á la vez parienta en línea recta y en primer grado ascendente y descendente y además esposa, lo cual constituiría un doble incesto, si no supiésemos que el Espíritu Santo "conservó intacta la virginidad de su esposa", (2).

Ya conocemos la triple diadema; pero vale la pena de examinarla de cerca. Aunque el Espíritu Santo haya conservado intacta la virginidad de su

(1) BOSSUET, *Sermón predicado en la fiesta de la Anunciación*, tomo VI, p. 749.

(2) *L'Immaculée Conception de la bienheureuse Vierge Marie*, por monseñor MALOU, obispo de Brujas, t. II, p. 177 y siguientes.

esposa, es solamente por él, ó, como dice un docto teólogo, por su operación por quien María ha concebido á Jesucristo; y puesto que el Espíritu Santo ha operado la concepción, debe ser el Padre del concebido. ¡Error profundo! El Espíritu Santo no hace más que *habitar* en María; la operación sería por tanto un inquilinato, y María la casa alquilada, ó, como dice monseñor Laforet, el *santuario del Espíritu Santo* (1). Si Jesucristo no es el Hijo del Espíritu Santo, aun cuando haya sido concebido por su operación, entonces, ¿de quién es Hijo? Todo el mundo lo sabe, de Dios Padre. Pero si Jesucristo es el Hijo de Dios Padre y el Hijo de María, preciso es que Ésta sea la Esposa de Aquél, y tal es, en efecto, el dogma católico. Monseñor Laforet dice que ese es un misterio inefable; y no hallando palabras dignas de tal grandeza, recurre á la sublime elocuencia de Bossuet; nosotros haremos también lo que el rector de la universidad católica: "Después de esto, ¡oh María! aun cuando yo tuviera el espíritu de un ángel de los de más sublime jerarquía, mis conceptos serían demasiado humildes para comprender la unión perfectísima del Padre con Vos. Él ha querido que su Hijo lo fuese vuestro en la misma calidad que le pertenece; y para establecer con Vos una sociedad eterna, ha querido que fuéis la Madre de su Hijo único y ser el Padre del vuestro. ¡Oh prodigio! ¡Oh abismo de caridad! ¡Qué entendimiento no se perdería en la consideración de las complacencias incomprensibles que Dios ha tenido con María, al hacerla Madre de su Hijo, nudo inviolable de una santa alianza, prenda que os habéis dado amorosamente el uno al otro de vuestras mutuas afeciones! Él, lleno de una divinidad impasible, y vos, María, revestida para obedecerle de una carne mortal", (2).

Si, el entendimiento se pierde en ese abismo de naderías que sería un abismo de errores si se tomasen en serio. ¡Singular familia la de las tres personas de la Santísima Trinidad y la Virgen! María es esposa del Espíritu Santo, lo es también de Dios Padre, y al mismo tiempo es su hija; Jesucristo, su hijo, es Dios. María es, por consiguiente,

(1) LAFORET, *Los dogmas católicos expuestos, probados y vengados de los ataques de la herejía y de la incredulidad*, t. III, p. 35.

(2) LAFORET, *Los dogmas católicos expuestos, probados y vengados de los ataques de la herejía y de la incredulidad*, t. III, p. 33. —BOSSUET, *Tercer sermón de la Natividad*.

te, Madre de Dios, Hija de Dios y Esposa de Dios. No hay nadie más que monseñor Malou que sea capaz de tratar un asunto tan escabroso: "Lo que Dios Padre es, dice monseñor, para su Hijo único en la eternidad, María lo ha sido en el tiempo. *Por la maternidad divina ha venido á ser con Dios Padre un coprincipio del Dios hecho hombre*. María continúa, en cierto modo, sobre la tierra, como Madre de Dios, las funciones de la paternidad celeste que Dios Padre ejercía en toda la eternidad", (1). El lenguaje de monseñor Malou está á la altura del misterio inefable que expone. Inefable es la palabra, sólo que, cualquiera que sea el talento del obispo de Brujas, el fondo sobrepuja todavía á la forma. ¡Y ese doble galimatías tiene la pretensión de ser un dogma revelado, es decir, la verdad absoluta!

La Madre de Dios Hijo, la Esposa de Dios Padre, es también la Hija de Dios Padre. Y cuando decimos que María es la Hija de Dios, no hay que creer que se trate del vínculo de filiación que une las criaturas con el Creador; no, no es Hija de Dios como el resto de género humano; su filiación es un misterio inefable. Esto es lo que el teólogo de lo inefable nos va á enseñar. Todos los Padres de la Iglesia, griegos y latinos, dicen de María, y de ella sola, *que es la Hija de Dios por excelencia*, que es la *Hija única de Dios*, la primogénita de Dios, lo mismo que dicen del Verbo. Esto se hace cada vez más inefable. La filiación de la Virgen es, por consiguiente, una filiación divina, y que entre la nuestra y la del Verbo ocupa un lugar único, más cercano, en cierto modo, á Dios que á nosotros. Gracias á ese lugar, en cierto modo más cercano á Dios, María va á identificarse, ó poco menos, con el Verbo: "La Virgen, dicen monseñor Malou, ha sido desde el momento de su creación la Hija de Dios, así como el Verbo ha sido el Hijo de Dios desde el primer momento de su procesión divina", (2). Si la Virgen ha sido desde el instante de su creación la Hija de Dios, lo ha sido también de Jesucristo, puesto que Jesucristo es coeterno con el Padre, y, en su consecuencia, es á la vez la Madre de Jesucristo y la Hija de Jesucristo. Además, siendo la Hija de Dios, como lo es Jesucristo, resulta que María es la Hija de su Hijo y también la hermana de su Hijo.

(1) M. MALOU, *L'Immaculée Conception*, t. II, p. 183.

(2) MALOU, *L'Immaculée Conception*, t. II, p. 180, 182.

No nos admiremos ya si la razón de los teólogos se extravía en medio de ese laberinto de locuras. Si nosotros fuéramos cristianos, rechazaríamos esas naderías inefables como una impiedad de primer orden, puesto que tienden á poner á la Virgen en el mismo lugar que el Verbo, ó, por mejor decir, á reemplazar á Jesucristo con la Virgen. Y aquí tocamos con el nuevo Evangelio de monseñor Malou. Pero dejemos al mismo apóstol el cuidado de predicar su doctrina: "En su origen, María ha sido asimilada bajo todos conceptos á su divino Hijo", (1). Y no es monseñor Malou el que lo dice, es la Iglesia católica la que lo enseña por boca de los Santos Padres: que María ha poseído, por un efecto de la gracia, *todos los dones, todos los privilegios que su divino Hijo poseía por los derechos de su naturaleza*. Esa identidad es perfecta, y es cierta é indudable. De este modo hay identidad de misión entre Jesucristo y su Madre, de donde se sigue, según monseñor, que las enemistades de María con la serpiente *igualan, bajo todos conceptos, á las enemistades de su Hijo con la serpiente, y hasta que esas enemistades son idénticas en el Hijo y en la Madre*. Sabida es la importancia que tiene la serpiente en la teología católica. Decir que la Madre y el Hijo tienen idéntica enemistad con la serpiente es decir que desempeñan el mismo papel en la obra de la redención del género humano. En efecto, según monseñor Malou, María está asociada á su Hijo como vencedora de la serpiente, *está identificada á su Hijo como corredentora del género humano*. Teniendo la Virgen tan gran parte en la obra de nuestra salvación, es natural que la Madre esté comprendida en las profecías que anuncian al Salvador, y el nuevo Evangelista no retrocede ante esa enormidad: "Casi al igual del Salvador ha sido María, en cierto sentido, *la deseada de las naciones y está asociada á las profecías*", (2).

No faltaba ya más que dar un paso en el camino de la idolatría, y era el de que la Virgen llegase á ser persona divina; con un poco de lógica, en la senda del absurdo se llegó hasta allí. Citaremos textualmente á nuestro docto teólogo por temor de extraviarnos en esa inefable vaciedad: "La aparición en este mundo del Hijo de Dios con su humanidad se ha considerado siempre por los Santos

(1) Véanse las citas hechas en los *Estudios sobre el nuevo dogma*, p. 190, 191, ed. francesa.

(2) MALOU, *L'Immaculée Conception*, t. II, p. 221.

Padres como una nueva producción del Verbo, como un segundo nacimiento del Hijo de Dios, segundo nacimiento que, realizado en María, ésta ha tenido que concurrir con Dios Padre á la nueva producción del Verbo en este mundo. De aquí las expresiones, á la vez misteriosas y magníficas, de los Padres, que *asocian á María á la Santísima Trinidad*, y hacen de ella, *en cierto modo*, una *persona divina*, (1). De este modo María es llamada alguna vez *complemento de la Santísima Trinidad ó cuarta persona de la Trinidad*. Monseñor Malou abunda en estas impiedades, diciendo "que ejerce en cierto modo las funciones de una *persona divina*," y dice aún más: "que está unida sustancialmente á la Santísima Trinidad," (2).

Monseñor Malou es obispo, y tiene que guardar algunas consideraciones como teólogo; de ahí la enojosa repetición de las *en cierto modo*, *por decirlo así*, frases atenuantes destinadas á salvar las apariencias. Si se quiere el bello ideal de la necesidad teológica, hay que oír á los bravos de la reacción, gentes que, no teniendo nada que arriesgar, dicen muy en crudo las simplezas que los altos dignatarios pronuncian en lenguaje velado. Y la Iglesia los deja decir; son unos excelentes corredores de superstición, y en caso necesario, se les puede desaprobar. Mr. Agustó Nicolás es uno de los corifeos de esa literatura de sacristía. Abramos su libro titulado *La Virgen María ó el Plan divino*, y allí nos dirá que la Virgen representa y completa la Trinidad, creando *nuevas relaciones entre la personas divinas*; completa por de pronto al Padre, porque desde el momento en que María concurre por su humildad á la encarnación del Verbo, este Verbo, Hijo de Dios, de igual á su Padre, se hace su inferior, su súbdito, su adorador, por la naturaleza humana que toma de María. ¡Cosa maravillosa y tan sólida como maravillosa! "En cambio de la grandeza que el Padre da á María asociándola á su generación y haciéndola esposa, María procura al Padre una *gloria nueva* dándole autoridad sobre su Hijo, convirtiéndole en súbdito. Esa autoridad que María tiene sobre su Hijo, antes de ella *el Padre no la tenía ni la tiene más que por ella*," ¡Qué teología! ¡La criatura completando al Creador! ¡La criatura dando al Creador lo que no

(1) MALOU, *l'Immaculée Conception*, t. II, p. 176.(2) MALOU, *l'Immaculée Conception*, t. II, p. 175, 178, 192.

tenía, lo que no tendría sin ella! ¡Todo esto para ensalzar una nueva superstición, para elevar á una mujer á la categoría de Dios! Pero dejemos el *complemento* que María da al Hijo para llegar al Espíritu Santo. ¡Pobre Espíritu Santo! Era éste más incompleto aún que el Padre. Éste al menos tiene un Hijo, mientras que el Espíritu Santo "no es el principio de ninguna producción personal." Felizmente su Esposa viene en su auxilio: "Por la Santísima Virgen, y en ella, viene á ser ese principio," (1). Héle aquí *completado*, lo cual no le sirve de mucho, porque aun cuando tenga una Esposa y ésta tenga un Hijo concebido por *su operación*, como dice monseñor Laforet, ese Hijo no es su Hijo; por lo que el Espíritu Santo queda incompleto, aunque completado.

Si las personas de la Santísima Trinidad están rebajadas, en cambio María se ve elevada al rango de una persona divina. Monseñor Malou se guarda de decirlo; pero, á pesar de todas sus reservas, su lenguaje se presta á esa idolatría. Compara la Virgen á Jesucristo: "La naturaleza humana, sustancialmente unida en Jesucristo á la divinidad, ha sido sustancialmente santificada, y *en cierto modo divinizada por esa unión con la naturaleza divina*." De ahí se sigue que el cuerpo y el alma de Jesucristo no han podido nunca sufrir la menor mancha. "¿No habrá que deducir de aquí que una imposibilidad, ya que no idéntica, *semejante*, se encuentra en aquella que se ha visto unida tan íntima, tan maravillosa, tan perfectamente á la divinidad por la maternidad divina?" La conclusión es de monseñor Parisís, obispo de Langres; pero en él aun es muy tímida; monseñor de Brujas es más atrevido. "Hemos dicho que María es la primogénita de Dios, lo mismo que Jesucristo; esa primogenitura, dice el docto teólogo, supone en María una superioridad *en cierto modo eterna y celestial que la asimila al Hijo de Dios*," (2). En los primeros siglos del cristianismo hubo una secta que adoró á María como diosa; dicho se está que monseñor Malou reprueba esa superstición; pero ¿no podría autorizarse con sus mismas imprudentes palabras? Apenas ha condenado á los herejes que hacían de la Virgen una diosa, el obispo de Brujas añade que "María fué unida sustancialmente á la divini-

(1) AUG. NICOLAS, *la Vierge Marie*, p. 371.(2) MALOU, *l'Immaculée Conception*, t. II, p. 169; t. I, p. 320.

dad," (1). ¿No es eso hacer creer que María también es una divinidad? Y ¿quién es más culpable, el docto prelado que salva su ortodoxia con un *en cierto modo*, ó los ignorantes sectarios que no comprenden esa diplomacia clerical y son lógicos hasta el fin en el camino del absurdo?

Se puede asegurar hoy que la Virgen tiene más adoradores que Jesucristo. Ante nuestra vista tenemos el *Mes de María*, libro del abate Guillou, revestido con la aprobación de tres obispos y de los vicarios generales de París, sede vacante. Pues bien, ese libro de piedad, recomendado á los fieles por sus pastores, parangona á María con Jesucristo. Y aquí ya no se trata de doctrinas, sino de prácticas, y de lo más esencial en el culto, cual es la oración. Las oraciones dirigidas á la Virgen son idénticas á las que se dirigen á Jesucristo; es decir, que hay una diosa y un Dios: "¡Oh Dios mío! ¡en nombre de Jesús (ó en nombre de María), salvadme!," (2). De este modo, los fieles tienen la elección; ¿á quién darán la preferencia? La oración de los cristianos es un cálculo; solicitan los favores de Dios como se solicitan los de los reyes; y ¿qué cosa más natural que dirigirse al que tiene más poder? ¿Y quién no sabe que María tiene el derecho de mandar á su hijo? Tal era la superstición de la Edad Media y tal es aún la del siglo XIX. En el *Mes de María*, aprobado por cuatro obispos, se leen las enormidades que vamos á copiar: "*Ser Madre de Dios es tener una omnipotencia sobre ese mismo Dios*, y conservar, *si me es permitido hablar así, una especie de autoridad sobre él*," ¡Admirad el entendimiento de los ungidos del Señor, cuyos labios abre el Espíritu Santo! Ellos reivindicán la *omnipotencia de Dios* en favor de la Virgen y después no piden para ella más que una *especie de autoridad*, y aun añadiendo un circunloquio. El buen sentido popular no guarda tantas cortesías, y se dice á sí mismo: hay que suplicar á aquella que tiene la omnipotencia sobre Dios. Y en caso necesario, los fieles pueden invocar las mismas palabras del abate Guillou: "Por eso, dice él, Dios está obligado para con María á todos los deberes naturales de un hijo para con su madre, y por eso María está en posesión, relativamente al Dios-Hombre, de todos los derechos que una madre tiene so-

(1) MALOU, *l'Immaculée Conception*, t. II, p. 170, 173.(2) GUILLOU (abate de), *Le Mois de Marie*, p. 43.

bre su hijo, y, por decirlo así, de todos los bienes de ese hijo," (1).

Si el abate es buen teólogo, es mal jurista; pero eso importa poco: él habla á los fieles con la aprobación de cuatro obispos; y ¿qué queréis que reciban las almas sencillas en esa abominable enseñanza sino la superstición más necia y á la vez más funesta?

Ya es tiempo de llegar á la conclusión de estas simplezas; Monseñor Malou nos la proporciona, él, que ha comenzado por establecer el parentesco de María con la Trinidad, ostentando la triple diadema que las tres personas divinas ponen sobre la cabeza de su madre, de su esposa y de su hija... Hé aquí la consecuencia que saca de esa jerga teológica: "Bajo la triple relación de Hija, de Madre y de Esposa de Dios, la Virgen ha sido elevada *hasta cierta igualdad con el Padre, hasta cierta superioridad sobre el Hijo y hasta cierta intimidad con el Espíritu Santo*," (2). Dejemos á un lado la intimidad, palabra muy ambigua, ó, mejor dicho, sin sentido; la Virgen *es la igual de Dios*, y es también *la superior de Dios*. Aquel que es igual, ¿puede ser superior? Y el que es superior, ¿es todavía igual? Siempre el mismo galimatías. Pero igual ó superior, poco importa; el hecho es que María viene á ser una diosa. Monseñor Malou añade, *en cierto modo*. Mas la inmensa multitud de los fieles deja á un lado la reserva, y se atiene á la superstición en toda su magnitud; adora á María como una diosa que lo obtiene todo de Jesucristo, porque todo se lo puede mandar. Hacen mal los protestantes en exclamar: ¡idolatría!

II

Si la doctrina que acabamos de exponer fuese la del verdadero cristianismo, sería forzoso rechazar una religión que no habría hecho más que reemplazar la idolatría pagana con una nueva idolatría. Y lo cierto es que, efecto de que en el mundo católico se confunde el cristianismo con esas groseras supersticiones, los hombres se alejan con enojo y con tedio desde que perciben la luz de la razón. Pero apresurémonos á añadir que la religión del Cristo ignora las locuras y las impiedades de la

(1) GUILLOU (abate de), *Le Mois de Marie*, p. 60.(2) GUILLOU (abate de), *Le Mois de Marie*, p. 62.